

Marosa di Giorgio:



Lo cotidiano es mágico

En 1996 el escritor uruguayo Luis Bravo (Montevideo, 1957), conversa con su compatriota la poeta Marosa di Giorgio (Salto, 1932 - Montevideo 2004) en una mesa del montevideano Café Sorocabana y se hacen presentes los recuerdos, las lecturas y la desbordante naturaleza de la fabulosa poética de esta creadora excepcional.

Luis Bravo (L. B.): Empiecemos por Dios. Te definiste una vez en 1981, como de temperamento religioso, creyente en un ser superior pero "no atada a ninguna iglesia en particular". En 1995, en otra entrevista dijiste: "y estoy en la Iglesia Católica desde siempre". ¿Es que a través de los años tu reiterado interés por la teología te acercó a una Iglesia en particular? ¿Cómo concilias ese panteísmo ultrasensitivo de tu escritura, con el monoteísmo católico?

Marosa di Giorgio (M. G.): No recuerdo qué dije en 1981, pero seguro me refería a la ausencia de fanatismo. Conozco templos de otras religiones y en todos me sentí muy bien. Los caminos, ya se sabe, conducen al mismo Centro. Pero si, nací dentro de la Iglesia Católica, con sus ámbitos casi siempre barrocos -según la época-, ámbitos expresivos, sus bellos íconos, cargando lirios, rosas, panes mágicos. Lo visual abre también las puertas de la percepción.

Anduve, ando, por el jardín de esa Iglesia, ya lo dije, con un poco de miedo y con felicidad. Y el panteísmo de mi escritura y de mi ser se concilian perfectamente con el monoteísmo católico. El Dios de los católicos y el Yahveh de los hebreos del Antiguo Testamento, irradiándose a través de Cristo en forma humana, ese Dlos trino. Además aparece, y se eleva cada vez más, la figura de una princesa niña, María, de gran significado y resplandor. Y la larga sucesión de santos y santas, ligados a cada cosa y a cada hecho. Y las dinastías, las jerarquías de ángeles, querubines, serafines: cabrían miles de ángeles en la punta de un alfiler, se dice. Se trata de una creación visitada, poblada, asistida por un múltiple y potente más allá. Y dirán "todo eso es leyenda". Pero por algo aparece eso en el corazón del hombre. "Aparecer" significa "existir". El hombre ve el trasmundo.

L. B.: Cuando se te ha preguntado por "parientes" literarios has dado siempre un selecto puñado de referencias: Lewis Carroll, la Ilada de Homer (increíblemente no la Odisea), El Cantar de los Cantares, Las Mil y Una Noches o el Quijote. En algún momento mostraste entusiasmada por el pensamiento filosófico de Kierkegaard y Heidegger. ¿En qué medida la eterna niña - narradora de tus poemas incorpora la preocupación metafísica del ser en su testimonio alucinado del universo?

M. G.: Lewis Carroll es uno de los más grandes poetas. De su Alicia y sus otras maravillosas niñas - las de los retratos-, soy admirada amiga, mas no pariente. Quien atraviesa el espejo es un ser infantil, encantado. La eterna narradora de mi escritura va por un camino más doloroso y dramático. Me inclino, me inclinaré siempre ante la Alicia de Carroll.

Sigo contestándote. Si, amo más La Ilada, creo que se debe a esa guerra real o mítica, lo mismo da, desencadenada por la belleza. Helena, mujer - diosa, con cabellos y sandalias de oro y, seguramente, usando tal como lo hacían las diosas, joyas "grandes como ciruelas", Y Aquiles y Héctor. La contienda veloz y la muerte de uno de ellos. Todo entre un humo dorado, fragancia de violetas sin dueño. "Así se celebraron los funerales de Héctor". Y El Cantar de los Cantares, Las Mil y Una Noches, La Divina Comedia, pero no veo que todo esto, y mucho más, entre en contienda con Kierkegaard y Heidegger, y sus jardí-

nes sombrios, sus verticuetos, sus ojos transparentes. No se contraponen sino que se ayudan. Todos soñamos y también preguntamos, aunque La Respuesta, la última, sea tan esquiva. Así debe ser su naturaleza. Provocar sin entregarse.

L. B.: Hablando de la infancia. ¿Podrías describir la escena en que junto a tu hermana y tu prima jugabas a tomar el té adentro del tronco de ese gran árbol de magnolia, "con flores blancas como de mármol", que "señoreaba" en la chacra donde vivías en Salto?

M. G.: Tomábamos de verdad el té dentro de aquel tronco generoso, con algo de sillón. Cabíamos las tres. Subíamos y bajábamos como gatas. Nunca vi magnolia igual. Es mi emblema. En algún lado lo digo: "te veré en el cielo. No puede ser la Eternidad sin ti".

L. B.: Siempre has defendido el origen visionario de tu poesía. Has hablado de entrar en una "zona / habitación / bosque / comarca estancada"; has hablado de un "hada / ángel" que te susurraron tu destino de poeta. ¿Consideras que esa familiaridad con el inconsciente, con lo "invisibles" que te revela, es un don, un atributo? ¿Te parece posible que pueda accederse a ese "resplandor" a través de otras vías: meditación, conocimiento científico, uso de drogas específicas?

M. G.: En mi caso es un don, anunciado por un ángel con una frase nítida. Imposible creer que sólo la meditación o el conocimiento científico, tan valiosísimos, basten para crear poesía o cualquier otra forma de arte. No probé ninguna droga, pero en Las puertas de la percepción de Aldus Huxley, y en otros tantos libros, se cuenta de experiencias, visiones extraordinarias, bellísimas y a la vez aterradoras. Al tornar de esa especie de "visita", de viaje, si no se posee el "don", ¿cómo se hace para convertir lo experimentado en hecho artístico, en algo válido, duradero?

L. B.: Volviendo a lo cotidiano. Tienes una vida ascética. No tienes un equipo de audio, acaso tampoco un televisor; tu vestimenta es colorida pero no te imagino con un gran guardarropa. En Salto ibas mucho al café Los Pingüinos y ya en Montevideo los diferentes sitios del Sorocabana han sido parte de muchas horas de tu vida...

M. G.: Lo cotidiano es mágico. De niña era tanto protagonista como testigo. Seguía a mi abuela, madre, tías, en su trajinar, mientras entrecruzaban los hilos, hacían la malla de oro de cada hora, de cada día. Llevo una vida ascética por elección y por diseño. No poseo ningún ser electrónico. No tengo nada. Mi vestimenta no es colorida. No lo es mucho. Debe ser el pelo rojo, y el aura, eso que todos llevamos. La mía, tal vez sea tornasolada, y me hace aparecer en colores.

Sí, ambulo un poco por los cafés, estoy en ellos pero a mí manera. Siempre hay como una separación, un no estar. Sólo a veces un poco de alcohol me da la vaga sensación de que me integro.

L. B.: Tu vocación de actriz, la forma en que realizas tu performance Recital Diadema (editado por Ayuí en cassette, 1995), te convierten en una poeta que da un lugar muy destacado al contacto directo del texto con el público, ¿la transmisión oral de la poesía te resulta



tan atractiva como la escritura de la misma? ¿Te parece que los poetas deberían atender más esa faceta artística de su quehacer?

M. G.: Yo creo que el poeta debe escribir, y que la poesía debe conocerse en el silencio y la soledad. Eso es lo primordial. Pero naci reclamadora. Es un ritual. No quería ni puedo sustraerme. Es como construir frente al público, construir con la fe, rosas, clavelinas, y repartirlas.

L. B.: Cuando te han señalado el carácter de prosa de tus textos has reafirmado que esta elección formal no desplaza el hecho poético. Incluso has hecho hincapié en una sintaxis que cuida los ritmos. ¿Corriges más la sintaxis y el sonido que los breves argumentos de lo que escribes?

M. G.: En realidad es muy poco lo que corrijo. Estos textos podrían definirse como apariciones. Apariciones de mi alma. Mi alma puesta en lo visible, porque creo que el alma va más allá de todo. Es una lamparilla diminuta que contiene todos los universos.

L. B.: Tu segundo apellido, Médici, nos podría remontar a Catalina, la evocadora de espíritus. Has dicho que lo que hay en tu obra de referencias celtas lo recibiste en la sangre. En un poema se dice: "yo fui a la escuela, siendo la última dríade de este mundo". Marosa: ¿Qué significa para ti ese nombre?

M. G.: Estuve unas horas en un castillo francés que perteneció a Catalina de Médici. Espié sus retratos, el armario de los filtros, otros muebles, la escritura, el jardín donde ella dibujó su laberinto, señalado con plantas que parecen de tul. No sé, la perseguía, como a una pariente remota y cercana, en aquel insólito bosque de un recodo del Loire.

Marosa es el nombre de una planta italiana, fantástica; cada tanto da una flor sumamente brillante. Parece ser que esta flor fue traída de las Gallias, o no, pero formó parte de los rituales dríadios. Así decían siempre en mi casa. A lo mejor inventaron todo. Inventaron el nombre Marosa.

L. B.: Si pudieras elegir vivir o haber vivido en otra época ¿cuál sería tu elección?

Construyo, reconstruyo gentes de otras épocas. Los recreo y al mismo tiempo los sigo, los espío. Para contribuir a su resurrección. Vivo y trabajo en todas las épocas. Modestamente.

